

Ciclo A. Solemnidad. El Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

Mario Yépez, C.M.

Yo creo que Jesús está presente en el altar y me uno a la Iglesia que dedica este día a contemplarlo como pueblo que camina necesitado de Dios y que éste se nos manifiesta en el misterio de la Eucaristía. ¡Qué más necesitamos para convencernos de la cercanía de Dios y de su bendición! En medio de tantas discusiones sobre la manera cómo nos relacionamos con Dios surge para nosotros este sagrado Misterio, expresado en la humildad de los dones presentados por los fieles en la misa y que se transforman por acción del Espíritu en la presencia real de Cristo. Debemos superar las incongruencias como católicos y abrir categóricamente nuestro corazón a quien se ha dignado quedarse en medio de nosotros. Temo decir algo que es una verdad que duele: no estamos aún convencidos de la presencia de Cristo en la Eucaristía. Si realmente lo sintiéramos así, ¿cómo podríamos faltar a esta cita importante? ¿qué tiempo le damos para buscarlo en la adoración del Santísimo en nuestras comunidades parroquiales? ¿Por qué no nos acercamos frecuentemente a comulgar? Es cierto que no debemos faltar el respeto a la eucaristía y que es necesario estar en gracia para poder recibirlo; pero no hagamos de ello una justificación vana para no comulgar porque la Iglesia nos propone el medio para acceder a la comunión. ¡Es Cristo! ¿Es que no queremos estar unidos a él? Dejemos atrás la soberbia, dejemos atrás nuestro pesimismo, dejemos atrás nuestra indiferencia, dejemos atrás nuestra vergüenza. Es un misterio tan grande y a la vez tan pequeño. Si tanto cuestionan los llamados ateos o agnósticos las efigies colosales o imágenes de Cristo o todo signo que nos hable del “gran Jesús de Nazaret”, póstrate ante la humildad de un pequeño pan que encierra la presencia del Todopoderoso. Tal vez no lo hagan porque también encontrarán razones para negarlo, mientras, quienes creemos firmemente en este misterio de amor nos postraremos ante el Dios que nunca quiere abandonarnos. Hace poco recordábamos las palabras del Beato Juan Pablo II: “hambre de pan, no; hambre de Dios, sí”. Pues hagamos realidad eso en nuestras vidas como comunidad. Sintamos la necesidad de Dios y busquémoslo con ahínco.

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)